

## CAPÍTULO XXXII.

Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de Don Quijote.

ACABÓSE la buena comida; ensillaron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar llegaron otro día á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza; y, aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija y Maritornes, que vieron venir á Don Quijote y á Sancho, le salieron á recibir con muestras de mucha alegría, y él las recibió con grave continente y aplauso, y díjoles que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada; á lo cual le respondió la huéspeda que, como le pagase mejor que la otra vez, que ella se le daría de príncipes. Don Quijote dijo que sí haría; y así, le aderezaron uno razonable en el mismo camaranchon de marras, y él se acostó luego, porque venía muy quebrantado y falto de juicio. No se hubo bien encerrado, cuando la huéspeda arremetió al barbero, y asiéndole de la barba, dijo: "Para mi santiguada, que no se ha aun de aprovechar mas de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola, que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza, digo, el peine que solía yo colgar de mi buena cola." No se la quería dar el barbero, aunque ella mas tiraba, hasta que el licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester mas usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma, y dijese á Don Quijote que cuando le despojaron los ladrones galeotes se había venido á aquella venta huyendo; y que, si preguntase por el escudero de la princesa, le dirían que ella le había enviado adelante á dar aviso á los de su reino cómo ella iba y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto, dió de buena



gana la cola á la ventera el barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que habia prestado para la libertad de Don Quijote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura que les aderezasen de comer, de lo que en la venta hubiese, y el huésped, con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida: y á todo esto dormia Don Quijote, y fueron de parecer de no despertalle, porque mas provecho le haria por entonces el dormir que el comer. Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su mujer, su hija, Maritornes y todos los pasajeros, de la extraña locura de Don Quijote, y del modo que le habian hallado: la huéspeda les contó lo que con él y con el arriero les habia acontecido, mirando si acaso estaba allí Sancho: como no le viese, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron; y como el cura dijese que los libros de caballerías que Don Quijote habia leído, le habian vuelto el juicio, dijo el ventero: "No sé yo cómo puede ser eso; que en verdad que, á lo que yo entiendo, no hay mejor letura en el mundo, y que tengo ahí dos ó tres dellos, con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo á mí, sino á otros muchos; porque, cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destes libros en las manos, y rodeámonos dél mas de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas: á lo menos, de mí sé decir, que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estar oyéndolos noches y dias.—Y yo, ni mas ni menos, dijo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estais escuchando leer, que estais tan embobado, que no os acordais de reñir por entonces.—Así es la verdad, dijo Maritornes; y á buena fe, que yo tambien gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas, y mas, cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos, abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto: digo que todo esto es cosa de mieles.—Y á vos ¿qué os parece, señora doncella? dijo el cura, hablando con la hija del ventero.—No sé, señor, en mi ánima, respondió ella; tambien yo lo escucho, y en verdad, que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oílo; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar, de compasion que les tengo.—Luego ¿bien las remediárades vos, señora doncella, dijo Dorotea, si por vos lloraran?—No sé lo que me hiciera, respondió la moza; solo sé que hay algunas señoras de aquellas, tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones, y otras mil inmundicias; y ¡Jesús! yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que, por no mirar á un hombre honrado, le dejan que se muera, ó que se vuelva loco: yo no sé para qué es tanto melindre: si lo hacen

de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa.—Calla, niña, dijo la ventera, que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto.—Como me lo pregunta este señor, respondió ella, no pude dejar de respondelle.—Ahora bien, dijo el cura, traedme, señor huésped, aquesos libros, que los quiero ver.—Que me place," respondió él; y entrando en su aposento, sacó dél una maletilla vieja cerrada con una cadenilla, y abriéndola, halló en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra, escritos de mano. El primer libro que abrió, vió que era *Don Cirongilio de Tracia*, y el otro de *Félixmarte de Hircania*, y el otro la *Historia del Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Córdoba*, con la *Vida de Diego Garcia de Paredes*. Así como el cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al barbero, y dijo: "Falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo, y su sobrina.—No hacen, respondió el barbero; que tambien sé yo llevarlos al corral ó á la chimenea, que en verdad, que hay muy buen fuego en ella.—Luego ¿quiere vuestra merced quemar mis libros? dijo el ventero.—No mas, dijo el cura, que estos dos: el de *Don Cirongilio*, y el de *Félixmarte*.—Pues, por ventura, dijo el ventero, mis libros ¿son herejes ó flemáticos, que los quiere quemar?—Cismáticos quereis decir, amigo, dijo el barbero, que no flemáticos.—Así es, replicó el ventero; mas, si alguno quiere quemar, sea ese del *Gran Capitan* y dese *Diego Garcia*, que antes dejaré quemar un hijo, que dejar quemar ninguno desotros.—Hermano mio, dijo el cura, estos dos libros son mentirosos, y están llenos de disparates y devaneos; y este del *Gran Capitan* es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernandez de Córdoba, el cual, por sus muchas y grandes hazañas, mereció ser llamado de todo el mundo el Gran Capitan; renombre famoso y claro, y dél solo merecido; y este *Diego Garcia de Paredes* fué un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo, en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenia con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia; y, puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á todo un innumerable ejército que no pasase por ella, y hizo otras tales cosas, que si, como él las cuenta, y las escribe él asimismo, con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro, libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Hétores, Aquiles y Roldanes.—Tomaos con mi padre, dijo el dicho ventero; ¡mirad de qué se espanta! ¡de detener una rueda de molino! ¡por Dios! ahora habia vuestra merced de leer lo que lei yo de Félixmarte de Hircania, que, de un revés solo, partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas, como los frailecicos que hacen los niños; y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde llevó mas de un millon y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pié hasta la cabeza, y los desbarató á todos, como si fueran manadas de ovejas. Pues ¡qué me dirán del bueno de Don Cirongilio de Tracia, que fué tan valiente y animoso como se verá en el libro, donde cuenta que, navegando por un rio, le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él, así como